

precipitaban los sanos a oír al joven Maestro, los enfermos a tocar al misericordioso Taumaturgo, los demonios a sujetarse y postrarse ante el Señor omnipotente. Lo oprimían lo empujaban hasta el mar. Dicen así los Evangelistas:

«Advirtió a los discípulos que se le pusiese una lancha para que la turba no le oprimiese. Porque, como sanaba a muchos, se le echaban encima todos, deseando tocarle cuantos tenían enfermedades. Él los curó a todos, pero les mandó que no le descubriesen. Y los espíritus inmundos cuando le veían se le postraban, y gritaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él los increpaba con vehemencia que no le descubriesen.

»Para que se cumpliese así lo que estaba dicho por el profeta Isaías: He aquí mi siervo a quien he elegido, mi amado en quien se agrada mi alma. Pondré en él mi espíritu, y él anunciará el juicio a las gentes. No reñirá, ni clamará, ni oírán nadie gritos suyos por las plazas. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea hasta que saque victoriosa la justicia. Las naciones pondrán en él sus esperanzas».

80. ELECCIÓN DE LOS APÓSTOLES

(L. 6, 12-16; Mc. 3, 13-19; Mt. 10, 2-4)

Mortal era la vida que Jesús había elegido, y sus planes eran salir de esta vida muy pronto y antes de dos años y sin haber puesto el pie fuera de Palestina, ni haber predicado en tierras gentiles.

Pero en cambio iba a fundar una religión que durase por cuantos siglos durase el mundo, y se extendiese por todas las tierras y llegase a ser católica y universal. Para esto, ya que él iba pronto a desaparecer del mundo, estaba formando discípulos que con su autoridad y doctrina prosiguiesen después y propagasen la obra que él estaba fundando.

Muchos iban ya siendo los que oyendo su celestial doctrina y viéndola confirmada con tantos y tan patentes milagros se le juntaban con más o menos sincera voluntad y firme decisión. Como suele suceder algunos, irían y volverían, inconstantes y variables, otros le seguirían a ratos y

cuando les daba el humor, otros más decididos y aficionados le seguirían constantemente todo el tiempo que pudiesen. Muchos habían venido llamados por el mismo Maestro, otros de su propia voluntad, alguno tal vez sin quererlo el mismo Maestro y con torcidos fines.

De todos modos la idea de Jesús era escoger para su gran empresa algunos discípulos, no muchos, estables y permanentes no fluctuantes, que desde el principio de su vida pública observasen y fuesen compañeros y testigos de sus obras y doctrina. «Vosotros seréis mis testigos en Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra». Por lo cual cuando muerto Judas Iscariote, quisieron sustituirle con otro, San Pedro solo propuso como candidatos a los que habían sido testigos de todo cuanto Jesús desde el principio había hecho.

Para ello Jesús los hizo amigos e íntimos suyos, perpetuos comensales y compañeros, dueños de todos sus secretos. «No os llamo siervos, les decía una vez, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Os he llamado amigos, porque todo cuanto he oído a mi Padre os lo he revelado».

A estos Jesús quería hacerlos apóstoles, es decir, enviados plenipotenciarios y embajadores suyos, que así como él había venido enviado de su Padre, así ellos fuesen enviados por él al mundo. «Como a mí me envió el Padre, así os envío yo a vosotros». El primer Apóstol y Pontífice de nuestra fe, fué Jesucristo, como le llama San Pablo. Apóstol del Padre que solo había de predicar como él mismo lo dijo, a las ovejas de Israel, sin salir a los gentiles. Pero este Apóstol y Gran Pontífice nuestro había de enviar a los gentiles otros Pontífices y Apóstoles en su nombre y con su autoridad.

Viendo, pues, ya congregados a su alrededor muchos que se le ofrecían por discípulos, y no queriendo él admitir a todos como apóstoles determinó elegir doce, los que él, según sus insondables juicios, prefirió entre todos. Y un día de aquellos salió a orar al monte que a dos leguas del lago de Tiberíades y cerca de Cafarnaúm, se levanta casi aislado, y hoy es llamado Monte de las Bienaventuranzas, porque en él las predicó Jesucristo.

Pero al subir había convocado a todos sus discípulos. Pasó en oración toda la noche, como quien iba a hacer una obra grande, que grande y de las mayores y más trascendentales de la redención iba a ser la elección de los Apóstoles.

Trató sin duda con su Padre entonces y recibió de su mano la elección y encomienda de aquéllos, por quienes al rogar el último día dijo a su Padre: «Padre, de los que tú me diste no he perdido a ninguno excepto al que era hijo de perdición».

Y venido el día llamó a sus discípulos a su lado y en el retiro de lo más alto de aquella montaña, «eligió de todos ellos doce, a los cuales llamó Apóstoles, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y les dió poder de curar enfermedades y expulsar demonios».

Otras facultades y otras prerrogativas había de darles con el tiempo; por ahora les concedió éstas, verdaderamente grandes e inauditas, y que sólo quien fuese Dios podía conceder. No excluyó a los demás discípulos y muchos de ellos le siguieron fieles donde quiera que fuese, pero para Apóstoles sólo quiso doce, a los cuales podía decir, como dijo después: «No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, sino yo soy el que os he elegido a vosotros, y os he puesto para que vayáis y traigáis fruto y tal fruto que permanezca».

«Los doce Apóstoles se llamaban así: El primero Simón, al cual llamó Pedro, y Andrés su hermano; Santiago del Zebedeo y Juan su hermano, a los cuales puso el nombre de Boanergues, es decir, Hijos del trueno; Felipe y Bartolomé; Mateo el publicano y Tomás; Santiago de Alfeo y Simón Cananeo que se llama el Celoso; Judas Tadeo (hermano) de Santiago y Judas Iscariote, que fué traidor».

He aquí la lista de los varones escogidos para la mayor prerrogativa y dignidad que se ha dado en la Iglesia, y para fundamento de toda ella. Notaremos algunas cosas dignas de advertencia.

Cuatro veces en el nuevo Testamento se pone la lista de todos los apóstoles. Una vez en San Mateo (10, 2-4) otra vez en San Marcos (3, 16-19), otra vez en San Lucas (6, 14-10), y en fin, otra en los Actos de los Apóstoles (1, 13) escritos también por el mismo Evangelista San Lucas.

En todas ellas varían el sitio de orden para todos los Apóstoles excepto para dos, para San Pedro que siempre está el primero y para Judas Iscariote que siempre está el último, menos en los Actos, en los cuales, como ya había muerto no se le nombra.

San Pedro además es llamado por San Mateo, expresamente «el primero».

Suelen también notar los intérpretes en las tres listas la coincidencia de que si se divide el Apostolado en tres grupos, al frente de cada uno de ellos están siempre tres apóstoles, que son San Pedro en el primero, San Felipe en el segundo y Santiago el menor en el tercero, y que nunca pasa en las listas ningún apóstol de un grupo al otro.

En fin en las listas de San Lucas y San Marcos son nombrados, como lo hemos puesto nosotros por binas y de dos en dos, en lo cual parece quieren guardar los Evangelistas el recuerdo de que el Maestro los enviaba por parejas a la predicación, mientras él vivía.

Y para que mejor entendamos el orden con que cada apóstol aparece ponemos aquí las listas comparadas de todos ellos.

(San Mateo.)	(San Marcos.)	(San Lucas.)	(Actos.)
Pedro.	Pedro.	Pedro.	Pedro.
Andrés.	Santiago.	Andrés.	Santiago.
Santiago.	Juan.	Santiago.	Juan.
Juan.	Andrés.	Juan.	Andrés.
Felipe.	Felipe.	Felipe.	Felipe.
Bartolomé.	Bartolomé.	Bartolomé.	Tomás.
Tomás.	Mateo.	Mateo.	Bartolomé.
Mateo.	Tomás.	Tomás.	Mateo.
Santiago Alfeo.	Santiago Alfeo.	Santiago Alfeo.	Santiago Alfeo.
Judas Tadeo.	Judas Tadeo.	Simón.	Simón.
Simón.	Simón.	Judas Tadeo.	Judas Tadeo.
Judas Iscariote.	Judas Iscariote.	Judas Iscariote.	Judas Iscariote.

De varios de ellos hemos visto antes la vocación. De varios no la conocemos. Quizás hubo más de cuatro que antes de esta elección definitiva fueron llamados, pero poco constantes no siguieron su vocación, y no merecieron el altísimo honor del apostolado. Pocos hay en esta lista, y

todos ellos, si exceptuamos tal vez a Bartolomé son hombres del pueblo, sin letras, sin prestigio ninguno humano. De ellos tal vez el más letrado era San Mateo, el cobrador de tributos, y acaso por eso fué el primero que se puso a escribir la historia del Maestro. Pero de él y de todos podía decirse aquello que San Pablo escribía a los Corintios: «¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el disputador de este mundo? ¿No ha tratado Dios como a necia á la sabiduría de este mundo?... Ved vuestra vocación, que no hay muchos sabios según la carne, no muchos potentes, no muchos nobles. Sino que ha elegido Dios lo necio del mundo, para confundir a lo sabio, ha elegido lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte; ha elegido lo que es nada para confundir a lo que es; para que ningún hombre se jacte en su presencia... sino que como está escrito, el que se quiere gloriarse gloríe en el Señor».

81. LOS APÓSTOLES

Todos menos uno eran Galileos. Únicamente Judas Iscariote era de Judea. Y éste hizo traición al Maestro.

Los Galileos eran por su naturaleza hombres apropiados para la empresa del apostolado. Vivo, impresionable, vehemente y animoso el Galileo, a la dulzura y sinceridad de su corazón unía una religiosidad más real que aparente, y formaba con el judío un contraste y antítesis de la espontaneidad con el cálculo, de la vehemencia con la frialdad, de la suavidad con la dureza, de la religión con la hipocresía. Sin salir del mismo apostolado tendremos ocasiones de observar el triste contraste entre Judas el judío de Keriot, y sus compañeros los leales Galileos.

El primero de todos es Simón. Es sin disputa el tipo más acabado de apóstol. Sincero y recto de corazón era incapaz de hacer por ninguna causa ninguna traición. Del Apostolado él es un extremo y Judas otro. No se podían haber buscado tipos más opuestos. Si en la Cena, así como lo supo Juan, hubiera sabido Simón quién era el traidor, hubiera perdido tal vez el Iscariote algo más que Malco... Jesús le mudó el nombre de Simón en el de Piedra, que nosotros decimos Pedro, porque le elegía para cimiento de su Igle-

sia. Era valiente hasta el sacrificio, y su valentía unida á su lealtad y a la confianza que tenía en sí mismo y decisión de no cometer jamás ninguna deslealtad le llevaban hasta la arrogancia y presunción. Entusiasta y consagrado del todo a su Maestro le era al mismo tiempo dócil y humilde. Es verdad que le negó más que ninguno ¿quién no cedió aquella noche? pero le negó por temerario. Y luego lloró como ninguno.

Andrés era su hermano, y madera de la misma veta se le parecería sin duda en las dotes naturales. Si no es el primero en la dignidad del Apostolado fué el primero que descubrió a Jesús y lo descubrió a su hermano Pedro. Más oscura que la de su hermano es su historia, pero igual a la de aquel fué su muerte, pues murió como su Maestro y como su hermano, crucificado y lleno de fe y ardentísima caridad.

Santiago y Juan hermanos en la sangre lo fueron también en el carácter vivo y ardiente, sacudido y perspicaz. Jesús les mudó el nombre y los llamó Hijos de trueno, por su carácter impetuoso como el rayo, y tal vez excesivamente violento. Ambos fueron escogidos con San Pedro para acompañar al Señor en las circunstancias más delicadas de la vida, cuando resucitó a la hija de Jairo, cuando se trasfiguró en el Tabor, cuando oró en el Huerto. No debía ser muy pobre su casa, pues su padre Zebedeo era un pescador acomodado según parece. Juan, virgen y purísimo, fué el discípulo amado del Señor, y distinguido con un cariño, si no el más profundo, sí el más tierno; tal vez porque era el más niño de todos los Apóstoles. En cambio el Discípulo Amado también amó a su Maestro y le siguió hasta morir, y tuvo la suerte de estar reclinado en el pecho de Jesús durante la última cena y de recibir en el testamento el encargo de mirar por la Madre del Redentor, madre ya de todo el cristianismo. Su cariño al Señor le hizo observar fijamente sus acciones divinas y sobre todo recoger cuidadosamente sus palabras celestiales, que nadie en tanto número como él nos ha dejado en el Evangelio. Santiago es nuestra gloria de España, nuestro Apóstol, nuestro Capitán, nuestro admirable Patrono. De los dos hermanos el primero en dar su vida por Cristo fué Santiago, el último en morir, cuando

ya también había sufrido martirio por su Maestro, fué su hermano, conservado por la providencia para que, muertos todos sus compañeros, diese en su último Evangelio noticia de lo más admirable de las doctrinas de Jesús, Verbo humanado y fuente de toda vida. No creáis que solo fué dulce, cariñoso, amable; fué también vigoroso, enérgico, ardiente, rayo, hijo de trueno.

Felipe, paisano de estos cuatro, natural como ellos de Betsaida, llamado al apostolado cuando ya había tenido dos hijas, que fueron las primeras vírgenes que se consagraron al Señor, poseía una alma sencilla, honrada, sin dolo ni malicia. El Señor se complacía en pedirle consejo en las situaciones apuradas, como cuando se trataba de dar de comer a la inmensa muchedumbre.

Bartolomé era, según todas las trazas y ya lo dijimos antes, aquel Natanael cuya vocación nos describe San Juan, aquel de quien dijo Jesús: He ahí un verdadero israelita en el cual no hay dolo. San Juan nunca nombra para nada a Bartolomé y nombra a Natanael; en cambio no hay en los demás evangelistas rastro ninguno del nombre de Natanael, y sí de Bartolomé. Lo cual ha hecho que ya la mayor parte de los intérpretes crean que Natanael era el nombre de aquel verdadero israelita, y Bartolomé (hijo de Tolmé) el apellido.

Mateo se llama a sí propio el Publicano, y se coloca detrás de Santo Tomás en su lista: los demás Evangelistas tuvieron la atención de no llamarle publicano, y le pusieron en sus listas antes que a Santo Tomás. Fué el primer Evangelista tal vez por ser el más letrado de todos los Apóstoles, como publicano.

Tomás, cuyo nombre pone en griego el Evangelista San Juan, diciendo que le llamaban Dídimos, significa Gemelo, porque debía serlo de una hermana que se llamaba Lydia. Serio, nada crédulo, positivo, no se dejaba arrastrar fácilmente por ninguno. En cambio, una vez convencido decidíase y con valor se lanzaba al peligro. «Vamos también nosotros ¡y muramos con él!» dijo cuando queriendo volver Jesús a Betania a resucitar a Lázaro, notó que sus compañeros vacilaban y se oponían.

Santiago el Menor fué así llamado o por su edad o por

su estatura. Primo de Jesús, debía ser notable por su prudencia, moderación, consejo y piedad. Treinta y siete años fué obispo de Jerusalén, y allí se cautivó a los nuevos convertidos y fué el lazo de unión entre los neófitos venidos del paganismo y del judaísmo, y el espíritu de conciliación en la primera asamblea o concilio cristiano que se celebró en Jerusalén para definir las controversias que acerca de la Circuncisión habían surgido entre los judeo-paganos y judeo-cristianos. Orando sin cesar de noche y día arrodillado en el templo apartaba los últimos años de su vida la ira de Dios de su pueblo.

Su hermano Judas, llamado también Tadeo y Lebeo, «hombre de corazón», debía serlo a juzgar por su nerviosa carta que está en el Nuevo Testamento. Un capítulo tiene y no muy largo, pero basta él solo para pintar todo un hombre de corazón y carácter.

Simón el Cananeo o el Celoso, no era, como se pudiera creer por su nombre, natural de Caná, ni aquí Cananeo significa otra cosa que Celoso. Y es que Simón debía pertenecer a un famoso partido cuyo programa era la rebelión contra el yugo extranjero y sus impiedades. Llamábanse los de este partido Kenaim o Cananeos, esto es, Celosos, por su celo ardiente en mantener las tradiciones patrias y la pureza de la religión, y en los últimos días de Jerusalén, exacerbados y fanáticos, sembraron el luto y el espanto por todas partes. No debían ser en este tiempo tan extremados, pero sí lo bastantes para que se distinguiesen por su celo ardiente y altivo espíritu. Uno de estos eligió el manso y humilde Maestro para su escuela, y sin duda que su nombre no debía implicar ningún desdoro, pues lo declaran los evangelistas.

El último de todos es el borrón del Apostolado. Judas Iscariote, es decir, el «hijo de Keriot» según unos, por el pueblo de su nacimiento, «el hombre de ceñidor de cuero» según otros, es el hombre más perverso que haya existido. Era la quinta esencia de todo lo malo que hay en la raza judía. No sabemos si entró sinceramente en el Apostolado, ni mucho menos entendemos, cómo Jesús, concedor perfecto e infalible de todo lo futuro, lo admitió en su Colegio. Es que Dios obra aparentemente, como si desconociese lo por-

venir, y respeta tanto nuestra libertad, que a pesar de conocer nuestros pecados futuros, obra como si nunca los hubiésemos de cometer. Así también dió a entender que no elegía precisamente a los mejores, pues entre los elegidos estaba el peor. Y nos demostraba que el que es malo, lo es porque quiere, puesto que bien de gracias recibió el Iscariote para ser bueno, si hubiese querido. Pero no lo quiso, y fué malo, y el peor de los malos. Frío, no se dejó calentar por el extraordinario amor que le mostró hasta el fin el Maestro. Interesado, no comprendió el rasgo de delicadeza de la Magdalena que bañó a Jesús los pies de unguento. Calculador, ajustó el precio de la cabeza de su Señor. Mezquino, se contentó con lo que le dieron, con treinta dineros. Doloso, encubrió su traición con suma destreza hasta el momento mismo de la entrega. Hipócrita, pasó por apóstol hasta el último día, y hasta el último momento, usando de la más fina atención de amor, de un beso, para la más negra de las infamias, la traición. Cobarde, no se atrevió a proceder cara a cara, sino por escondites. Maldito, él mismo se dió la muerte ahorcándose de la manera más repugnante y asquerosa. Nunca en ninguna ejecución de la humana justicia hubo ni más infame criminal, ni más infame verdugo.

Tal fué el Colegio de los Apóstoles que el Maestro divino escogió para derrocar la sabiduría y deshacer la fortaleza del mundo.

82. EL SERMÓN DEL MONTE

(L. 6, 17-20; Mt. 4, 25; 5, 1. 2)

Una vez elegidos los apóstoles, parece que Jesús para darles ejemplo práctico de apostolado se propuso inaugurar esta nueva serie de su vida con un acto evangélico de gran importancia. Y pocos la tuvieron tan grande como el sermón que en el mismo monte predicó aquel mismo día. Porque hecha la elección y hablados sin duda ninguna todos los discípulos por el Maestro, que se congratulaba con todos y los animaba a todos, bajó con los apóstoles y con todos los restantes a un descanso del monte en cuya cumbre o alturas estaban.

Es este monte de las Bienaventuranzas el que hoy es conocido con el nombre de Kurun Hattin, o Cuernos de Hattin, por dos puntas que salen hacia el medio del monte, *locus campestris*, sitio campestre en que dice San Lucas se reunió la muchedumbre.

«Y bajando con ellos—dice el Evangelio—paróse en un sitio campestre, y con él la turba de sus discípulos y una copiosa muchedumbre de plebe venida de Galilea y Decápolis y de toda Judea y de Jerusalén y de la otra parte del Jordán y de la costa y de Tiro y Sidón. Los cuales habían venido para oírle y recibir la salud de sus enfermedades».

Se ve que la fama de Jesús había crecido extraordinariamente, y que la providencia reunía para el admirable sermón que aquel día iba a pronunciarse gente de todas partes. El monte, en efecto, por su excelente posición, por sus amenas vistas, por su eminencia sobre los demás collados, convidaba a reunirse en sus faldas a toda la gente de los alrededores, como en efecto se hizo.

Como proemio y exordio de su sermón, debió el Señor curar a los enfermos. «Los que eran vejados de los espíritus inmundos curaban. Y toda la multitud se afanaba por tocarle, porque de él salía virtud que sanaba a todos».

«Entonces se sentó, acercáronsele sus discípulos, y abriendo sus labios comenzó a enseñarles, diciendo:

1) Bienaventuranzas. (Mt. 5, 3-12; L. 6, 20-23).

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

»Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

»Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

»Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

»Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

»Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.

»Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados seréis cuando os odien los hombres, y os maldigan y os persigan y digan mintiendo todo mal contra vosotros, y os echen y arrojen vuestro nombre como malo por el Hijo del hombre.

»Alegraos en ese día y regocijaos, porque os aseguro que será muy grande vuestra recompensa en el cielo. Porque así persiguieron los padres de esos a los profetas que antes que vosotros vivieron».

Doctrina celestial, admirable, incógnita. ¡Quién que no fuese Dios hubiera encontrado un modo tan nuevo y tan profundo de dar solución al árduo problema de la felicidad humana que tanto ha dado que pensar a los filósofos y que penar a los pueblos? Y si lo hubiera hallado ¿quién se hubiera atrevido a proponerlo? Y dado que lo hubiera propuesto ¿quién lo hubiera creído y sobre todo quién lo hubiera practicado?

Y he aquí que millones y millones de varones y mujeres han creído esa serie inverosímil de preceptos celestiales, y han ajustado a ella su conducta y sus aspiraciones, y han logrado la bienaventuranza por los más escondidos caminos!

Gracias a este inmortal discurso de nuestro Maestro, somos felices los que lo somos en el mundo, y descubrimos barata la mina de la dicha que según las máximas mundanas es tan cara.

2) Malaventuranzas. (L. 6, 24-26).

Tras el código de la bienaventuranza, viene el de la malaventura, porque como quien teme no se le haya bien entendido, añadió Jesús:

«En cambio ¡ay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestra consolación.

»Ay de los que estáis hartos! porque tendréis hambre.

»Ay de los que ahora reís! porque gemiréis y lloraréis.

»Ay de vosotros cuando os bendigan los hombres! porque eso mismo hacían sus padres con los falsos profetas!»

3) Ministerio de los apóstoles. (Mt. 5, 13-16).

Entonces volviéndose a los apóstoles y discípulos, y ad-

virtiéndoles que no fuesen falsos profetas, sino veraces discípulos suyos, les explicó cuál era su dignidad y la importancia de su ministerio, diciéndoles graciosamente.

«Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal pierde su fuerza, con qué será salada? Ya no valdrá más que para ser arrojada a la calle y pisada por los hombres.

»Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad colocada sobre un monte. Ni encienden una antorcha para ponerla bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a cuantos están en casa. Pues así brille vuestra luz ante los hombres que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

Terminada esta pequeña digresión a sus amados discípulos, volvió otra vez a tomar el discurso general para todos los oyentes, y a explicarles la perfección de la nueva ley que él quería que rigiese en su escuela. Y como tal vez algunos habían pensado que él quería abrogar y deshacer la ley antigua, díjoles cómo todo al contrario lo que quería era perfeccionarla y cumplirla y llenar lo que en ella faltaba.

4) Se ha de cumplir toda la Ley. (Mt. 5, 17-20)

«No penséis que he venido a deshacer la ley o los profetas (*lo que dijeron los profetas*). No he venido a deshacerlos sino a cumplirlos. Porque en verdad os digo que el cielo y la tierra pasarán antes que se destruya una jota ni un ápice de la ley sin que se cumpla. (La jota era la letrita más pequeña del abecedario hebreo). El que deshaga, pues, uno de estos mínimos mandamientos y enseñe esto a los demás, será tenido por mínimo en el reino de los cielos, y el que observe y enseñe lo mismo a los demás ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

»Porque os aseguro que si vuestra justicia no abunda más que la de los Escribas y Fariseos, no vais a entrar en el reino de los cielos».

Y pasando a enumerar en particular las perfecciones que quería añadir a la ley de su parte, comenzó con tono de plena autoridad a mandar y legislar en su propio nombre.

5) Sobre la ira. (Mt. 5, 21-26)

«Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate sea reo de juicio (es decir, sea llevado al tribunal para que le impongan allí su castigo).

»Pero yo os digo, que todo el que se afra contra su hermano, es reo de juicio; y el que diga a su hermano: Raca, será reo de concilio; y el que le diga: fatuo, será reo del fuego del infierno.

»Si pues, estás ofreciendo ante el altar tu ofrenda, y te acuerdas entonces que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí ante el altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve y ofrece tu ofrenda.

»Arréglate pronto con tu adversario, mientras estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al ministro, y seas arrojado en la cárcel. Porque de allí te aseguro que no saldrás hasta pagar el último cuadrante (o céntimo)».

Raca era un insulto, como imbécil entre nosotros. Y nos advierte Jesús que no solo matando o haciendo un grave daño se peca, sino también teniendo ira e insultando gravemente al prójimo; lo cual acaso era muy frecuente entre los judíos.

6) Sobre el adulterio. (Mt. 5, 27-32)

«Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometerás adulterio. Mas yo os digo que todo el que mire a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza (es decir, te hace caer en pecado) arráncalo y échalo de ti; porque más te conviene que se destroce uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza córtala y échala de ti; porque más te conviene que se destroce uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya al infierno.

»También se dijo: Todo el que deje a su mujer, que le dé libelo de repudio. Pero yo os digo que todo el que deje a su mujer, excepto el caso de fornicación, la obliga a ser adúltera. Y el que toma la mujer abandonada por otro es adúltero».

7) Sobre juramentos. (Mt. 5, 33-37)

«También habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que de ningún modo juréis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies, ni por Jerusalén, porque es la ciudad del Gran Rey, ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco ni negro, ni a un cabello.

»Vuestro modo de hablar ha de ser: Sí, sí, no, no. Y lo que pase de eso es malo».

8) Sobre las rencillas. (Mt. 5, 38-42; L. 6, 39-30)

«Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, y diente por diente.

»Pero yo os digo que no os opongáis al malévolo, sino que si alguno te hiere en la mejilla derecha ofrécele la izquierda, y al que quiera pleitear contigo en los tribunales y quitarte la túnica dale también el manto, y al que te ajuste para mil pasos síguele otros dos más. Da al que te pide, y no apartes tu rostro del que te pide prestado, y al que te quita lo tuyo no se lo reclames».

9) Sobre el amor de los enemigos. (Mt. 5, 43-48; L. 6, 27)

«Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo.

»Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual lo mismo hace salir el sol sobre los buenos que sobre los malos, y llueve sobre los justos que sobre los injustos. Porque si (solo) amáis a los que os aman ¿qué premio vais a tener? ¿No hacen eso aún los publicanos? Y si solo a vuestros hermanos saludáis ¿qué hacéis de más? No hacen eso aún los gentiles? Y si solo a los que os hacen bien hacéis bien ¿qué gracia merecéis? Porque aún los pecadores prestan a los pecadores para que les hagan a ellos lo mismo.

»Así, pues, amad a vuestros enemigos, haced beneficios y prestad sin esperar nada por ello y será grande vuestra

recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno con los ingratos y malos.

»Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

»Sed misericordiosos, como es misericordioso vuestro Padre celestial».

10) Sobre la vanidad. (Mt. 6, 1-18)

»Cuidad de no hacer vuestra justicia (es decir: vuestras obras buenas) a vista de los hombres, para que os vean; porque en ese caso no recibiréis recompensa de vuestro Padre celestial que está en los cielos.

»Así, pues, cuando hagas limosna no vayas tocando la trompeta ante tí, como acostumbran los hipócritas en las sinagogas y aldeas, para que los honren los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su premio. Cuando tú hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará.

»Y cuando hagáis oración no seáis como los hipócritas, que gustan pararse a orar en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para ser vistos de los demás. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Cuando tú quieras rezar entra en tu aposento y cerrada la puerta ora a tu Padre en el retiro, y tu Padre que ve en el retiro te premiará.

»Cuando oréis no habléis mucho como los gentiles, que piensan que con hablar mucho serán oídos. No os parezcáis a ellos, que ya antes de que se lo pidáis sabe vuestro Padre lo que necesitáis. Oraréis de esta manera:

»Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga a nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.

»Porque si perdonáis a los hombres sus faltas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial vuestros delitos. Pero si no perdonáis vosotros a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.

»Así mismo cuando ayunéis no os pongáis tristes como

los hipócritas, que desfiguran sus rostros para hacer ver a los demás que ayunan. En verdad os digo que han recibido ya su recompensa. Al contrario, tú cuando ayunes perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que no conozcan que ayunas los hombres, sino tu Padre que está en lo escondido, y tu Padre que ve en lo escondido te premiará».

11) Confianza en la providencia de Dios. (Mt. 6, 25-34)

«No os afanéis por atesorar riquezas en la tierra, donde todo lo carcome la roña y la polilla, y los ladrones lo desentierran y roban. Sino atesorad tesoros en el cielo donde ni la roña ni la polilla los consume ni los ladrones los desentierran y roban. Porque donde esté tu tesoro allí estará tu corazón. La luz de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo (es decir, sano) todo tu cuerpo será luminoso; pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si, pues, la luz que hay en tí es tinieblas, las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán?»

Quería decir que la luz de nuestro cuerpo, por la que ve todo nuestro cuerpo, es la vista. Si ésta está bien todo el cuerpo ve bien, si está mal todo el cuerpo, ve mal, y todo se convierte en tinieblas. Pues así debemos tener sana y recta la intención del corazón que es el ojo y la luz de nuestra alma, y si ella es recta, elevada y puesta en el cielo, allí estará nuestro espíritu y corazón entero.

Y para despegar mejor nuestro corazón de las cosas terrenas y hacernos fiar del todo en la providencia prosiguió:

«Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o atenderá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a la riqueza.

»Por eso os digo: no andéis inquietos por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo qué vestiréis. No es más el alma que la comida? y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Y ¿quién de vosotros por más que se empeñe puede añadir un codo a su estatura?

»Y ¿por qué habéis de estar inquietos acerca de vuestro vestido? Considerad los lirios del campo cómo crecen: no

trabajan, no hilan. Pero yo os aseguro que ni Salomón en todo el esplendor de su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si el heno del campo que hoy es y mañana va al horno, lo viste Dios así, ¿cuánto más hará con vosotros, hombres de poca fe?

»Por tanto no andéis afanosos diciendo: ¡Qué vamos a comer? ó ¡qué vamos a beber? o ¡con qué nos vamos a cubrir? Por esas cosas se inquietan los gentiles. Ya sabe vuestro Padre que necesitáis de todo eso.

»Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. No estéis, pues, cuidadosos por el mañana; que harto cuidado tendrá para sí el día de mañana. A cada día le basta su trabajo».

12) Juicios acerca del prójimo. (Mt. 7, 1-5; L. 6, 37. 41. 42)

«No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Porque con el juicio con que juzguéis se os juzgará y con la medida con que midáis se os medirá.

»¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? Y ¿cómo te atreves a decir a tu hermano: Hermano, deja, te voy a sacar la paja de tu ojo, cuando tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y luego mirarás cómo sacar la paja del ojo de tu hermano».

13) Sobre la generosidad. (L. 6, 38)

«Dad y os dará; se os dará en vuestro seno una medida buena, repleta, sacudida y que rebose. Porque se os medirá con la medida con que midáis».

14) Sobre el consejero. (L. 6, 39. 40; Mt. 7, 6)

«Y les ponía una semejanza: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos al hoyo? No es ningún discípulo más que el maestro. Bastante perfecto será el que salga como su maestro.

»No deís las cosas santas a los perros, ni arrojéis margaritas a los puercos, no sea que las pisen con sus patas y luego vueltos contra vosotros os despedacen».

15) Eficacia de la oración. (Mt. 7, 7-11)

«Pedid y se os dará: buscad y hallaréis: llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá.

»O ¿hay nadie de vosotros, que si su hijo le pide pan le dé una piedra, y si le pide un pez le dé una serpiente?

»Si, pues vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos los bienes que se os han dado; cuántos más bienes dará a los que se los piden vuestro padre que está en los cielos?»

16) Reglas del amor del prójimo. (Mt. 7, 12; L. 6, 31)

«Lo que queráis que los demás os hagan a vosotros, eso mismo haced vosotros a los demás. Esta es la ley y los profetas».

17) Del camino estrecho. (Mt. 7, 13. 14)

«Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida! y cuán pocos son los que la encuentran!»

18) ¡Cuidado con los falsos maestros! (Mt. 7, 15-20; L. 6, 43-45)

«Guardaos de los falsos profetas, que os vienen con vestidos de ovejas, y por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. No es buen árbol el que da malos frutos, ni malo el que da buen fruto. Cada árbol se conoce por el fruto. ¿Acaso cogen uvas de los espinos ni higos de los abrojos? Pues así todo árbol bueno da buenos frutos. Todo árbol que no dé buenos frutos será cortado y arrojado al fuego. Los conoceréis, pues, por el fruto. El hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón, y el hombre malo saca el mal del mal tesoro de su corazón. Porque la boca habla de la abundancia del corazón».

19) Fe y obras. (Mt. 7, 21-23; L. 6, 46)

«Y ¿para qué me llamáis: ¡Señor! Señor! si no hacéis lo que os digo? No todos los que me dicen, ¡Señor! Señor! en-